

X

Una tarde de Junio, bajo la espesa bóveda de verdura formada por las ramas de castaños de Indias, del final de la Avenida del Observatorio, se paseaba nerviosamente Mme. La Posterolle, haciendo sonar sus tacones sobre la acera de asfalto que hay entre las dos filas de bancos, en los que algunos vagos desarrapados se entregaban á meditaciones patibularias. Vestida de color de malva desde las medias hasta la sombrilla, destacándose sobre el malva los blancos polvos de su peinado de abuela, parecía poco impresionada por las halagüeñas demostraciones de sorpresa de los aprendices de pintor y de



los estudiantes que antes de entrar en la sala de armas próxima, se volvían para contemplar á aquella señora mayor, de mirada tan fresca y provocante y que pisaba con el mismo aire de autoridad que un co-

mandante de barco en el puente del suyo. A cada instante miraba la hora en el reloj microscópico que llevaba en un brazalete de cuero, y murmuraba con rabia:

—Las cinco... las cinco y diez... las cinco y veinte...

Y estaba pensando en si Fagan la haría esperar mucho aún, cuando le vió aparecer al extremo de la avenida, andando con el paso lento é inseguro del convaleciente que sale por primera vez.

Como Régis se había negado con obstinación á volver á ver á sus hijas después de la ruptura de la última visita, su ex-esposa le había pedido una cita para arreglar ciertos detalles del matrimonio de Rosa, y Paulina Hulín, siempre buena y razonable, tratando de hacer que se acercase á sus hijas, se había decidido á acompañarle hasta el Luxemburgo, donde se

había quedado esperándole con Mauricio.

En cuanto lo vió Mme. La Posterolle, flaco y pálido, casi completamente encanecido el fino bigote rubio, se apresuró hacia él, subrayando con una maligna sonrisa la crueldad de la idea que le ocurrió al verle y que le hacía pensar por lo bajo:

—Está hecho una ruina mi ex-marido, mientras se acercaba á él haciendo gestos dulces y cariñosos y fingiendo grandísimo interés.

Fagan, acordándose de sus traiciones abominables y sobre todo de la última, la más cruel de todas, la ruptura con sus hijas, la miraba con desprecio, con cólera y también—á causa de la debilidad que sentía—con temor, como si se viera frente al genio maléfico de su existencia, cara á cara con algún pérfido kobold oculto en aquella sombría calle de árboles.

—¡Muchas gracias, por haber venido!...  
—empezó á decir ella poniéndose á su lado y ajustando su paso al suyo.

No pudiendo ir á casa de Fagan por impedirlo las conveniencias, ni Fagan á su casa, había pensado en su querida avenida para arreglar asuntos que á los dos interesaban.

—¿Por qué no se ha dirigido usted á mi notario—interrumpió Régis con viveza—tiene todas mis instrucciones.

—Allí he tenido ocasión de reconocer su caballerosidad nunca desmentida.

Pero no se trataba sólo de dinero; se trataba de saber cómo se había de arreglar la comida, cómo se iba á formar la comitiva, dónde se firmaría el contrato...

¿En casa de Régis? ¿En la de La Posterolle? Los mismos inconvenientes tenía lo uno que lo otro; por eso había pensado en la casa de los Remory, los padres

del novio... ¿Le parecía bien? bueno... Otra cosa: el matrimonio—se entiende, el matrimonio religioso—se celebraría en la Magdalena, y Rosa ante todo, quería entrar en la iglesia del brazo de su padre.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer para conseguirlo—dijo Fagan puesto en guardia y ordenando con el ademán.

—¿Una cartita dando excusas á madame Hulín?—dijo la madre, cuyos párpados se habían estremecido.

—Exactamente.

—Sí, lo hará, de seguro. Tiene tanto empeño en exhibirse del brazo de su célebre padre...—Esta frase la dijo muy recalcada, dando á entender que se trataba de una cuestión de vanidad, no de cariño, y añadió sonriendo:—Menos favorecida que mi hija yo daré el brazo al presidente Remory.

—¿De modo que estaremos allí los dos?—preguntó Fagan estupefacto.

—¡Claro! Puesto que casamos á nuestra hija...

Dieron unos cuantos pasos sin hablar y después murmuró Régis con tono irónico:

—¡Qué situación más extraña!... ¿Y su marido de usted, y La Posterolle?

—Cabalmente quería hablarle á usted de él; no se le puede excluir, porque al fin es mi marido... es el padrastro de Rosa, y además es el que ha hecho la boda. Antes de formar parte de la magistratura Gastón Remory era pasante de su estudio... ¿No le parece á usted que debe formar parte de la comitiva?

—No veo inconveniente—y sumiéndose en reflexiones sin fin, Fagan la dejó charlar, agitar sus pulseras, la sombrilla, alabando á la familia Remory, al presi-

dente, á la presidenta y al delicioso alumno de Saint-Cyr que ya rondaba á Ninita.

—Otra boda que se prepara; nueva ocasión para que volvamos á nuestras citas bajo estos hermosos árboles... Yo les tengo cariño á estos árboles... ¿y usted?

—No,—contestó pensando en los recuerdos que evocaban en su memoria aquellas palabras; veía una larga sucesión de citas lúgubres y allá al final de aquellas anchas avenidas, á su antigua mujer cada vez más vieja y transformada, más temblorosa y más mala.

Mr. La Posterolle lo hizo volver á la realidad preguntándole de pronto:

—¿Y usted, Fagancito, cuándo se casa? Creo que ya no se opondrá nada, puesto que Mr. Hulín ha muerto.

Régis se estremeció, la lanzó una mirada escudriñadora y dijo:

—¡Ah! ¿con que sabe usted?...

—Muchas cosas que de fijo usted ignora.

Al ver la contracción de su boca y su mirada furtiva comprendió Fagan que le iba á hacer daño, mucho daño; pero le excitaba una gran curiosidad.

—¿Qué?... vamos á ver, ¿qué es lo que yo no sé?

—Pues, por ejemplo, el por qué se ha matado el marido de la encantadora Paulina. Estoy segura de que ni siquiera lo sospecha usted... Pues bien, se ha matado —voy á citar las mismas palabras que empleaba en una carta en que se despedía de un amigo suyo,—porque no podía sobrevivir á una dicha que no había de repetirse... ¿Ha comprendido usted? Seguramente no.

Tanto lo había comprendido el pobre Fagan que sintió tal desfallecimiento que se vió obligado á sentarse en un banco.

—Es natural... en la primera salida ya se sabe, las piernas están un poco flojas —dijo Mme. La Posterolle haciéndose la cuidadosa.

Fagan le indicó un sitio á su lado; pero la elegante parisién contestó:

—No, gracias, prefiero...—y haciendo una mueca de repugnancia, de pie apoyada en su preciosa sombrilla, balanceándose ligeramente continuó:—Como usted sabe, se acercaba el momento en que el niño debía, según la sentencia, ir á parar á las brutales garras del padre—gran desesperación de la madre. De pronto Hulín, cada vez más enamorado, se presenta en casa de su mujer—esto sucedió durante su viaje de usted á Córcega—y voy á citar á usted casi sus mismas palabras: Si consientes en lo que deseo, me embarco y no vuelves á oír hablar de mí y además renuncio, haciéndolo constar así en un

acta que te entregaré, á todos los derechos que la ley me da sobre nuestro hijo.

Fagan dió un salto:

—¡Eso es absurdo!... un acta así no tiene valor. Ningún Tribunal del mundo...

—Ya lo sé, ya lo sé... pero Mme. Hulín no lo sabía ni su marido tampoco probablemente. Mr. Malville me ha dicho que... ¡Va! ya dije el nombre del autor; mejor, así la historia resultará más auténtica... Pues como iba diciendo, Malville me aseguró que estas especies de compromisos, de convenios amistosos, se hacen entre gente de sociedad con la misma frecuencia que entre los campesinos, y, en fin, que en este país en que todo el mundo debe conocer las leyes, hay muy pocos que sepan ni una palabra. Volviendo á los Hulín, la desgraciada, horrorizada con la idea de perder á su hijo, consintió en lo que aquel hombre le pedía: en concederle

sus derechos de marido por una noche y sacrificó la mujer á la madre. Es duro, pero hay que confesar que los detalles de aquella noche serían sumamente interesantes para los casuistas. Paulina sentía horror hacia su marido, eso no puede dudarse; pero Hulín, realmente ya no era su marido puesto que estaban separados y ella misma vivía desde hacía cinco años como si hubiera estado viuda... además, estaba en la edad en que la mujer de nuestro país comprende el amor y lo necesita...

¡Ah! ¡con qué habilidad destilaba el veneno aquella envenenadora! ¡Cómo seguía paso á paso sus efectos en aquella cara pálida, macilenta que hubiera inspirado compasión á cualquiera!

—Así es que mire usted si le pareció la noche hermosa á aquel marido afortunado, que al volver al Havre no tuvo valor

para embarcarse y prefirió morir á vivir después de haber gozado de aquella felicidad que no había de repetirse, según dice en la carta que escribió á Malville.

Fagan se puso de pie, rugiendo entre los apretados dientes.

—¡La verdad es que como depositario de confianzas supremas, deja bastante que desear Malville!

—Sí, dijo ella con su pérfida sonrisa... en tocándole música de Wagner se entrega por completo.

Dieron algunos pasos en silencio al lado uno de otro, y viéndole pensativo añadió:

—Tenemos que separarnos, y cogiéndole la mano: las niñas están ahí cerca, ¿no quiere usted verlas?

Fagan dudó un momento pero dijo con rabia.

—No... otro día.

—Perfectamente... Hasta muy pronto Fagancito.

Se separó de él en el barullo de la encrucijada, llegó alegre y ligera á la esquina del boulevard de Port Royal donde la estaba esperando un gran *landau* descubierto en el que lucían brillantes sombrillas.

—¿Vienes sola?—preguntó Rosa contrariada por no ver á su padre.

—No te importe; ya está todo arreglado... respondió Mme. La Posterolle por lo bajo y cogiendo la ancha manaza que le alargaba Mademoiselle para ayudarla á subir, añadió: Es un muchacho excelente; no os guarda rencor; firmará el contrato, asistirá á la boda...

—Y mi dote—dijo Ninita, ¿habéis hablado de mi dote?

—Claro está... Pero lo mejor de todo es que me parece que he hecho imposible su matrimonio con Mme. Hulín.

La pequeña lanzó una alegre carcajada diciendo: —¡Oh! entonces sí has destruído la competencia... y cuando el *landau* se ponía en marcha, Rosa, que ya no tenía pretexto para sus celos, murmuró abandonando su flexible talle al movimiento del carruaje.

—¡Pobre papá!

Fagan, mientras tanto se iba cruzando los floridos jardinillos sobre los que el sol poniente tendía como una especie de red de luz, á buscar á Mme. Hulín y á su hijo en el Luxemburgo. Andando, miraba la alta verja que cierra el jardín y sus hierros que daban una sombra alargada indefinidamente y pensaba en la amiga cariñosa que le esperaba detrás de aquella barrera tan ancha como ilusoria y que tanto se asemejaba á los obstáculos que el destino formaba entre los dos. Ahora comprendía qué escrúpulos hacían que la